



www.loqueleo.com/ec

© 2016, Santiago Páez

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-526-5

Derechos de autor: 050295

Depósito legal: 005784

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2016

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: Adriana Pozo

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro

Diagramación: Ramiro Jiménez

Actividades: Lucrecia Maldonado

Estudio de la obra: Juan Pablo Castro Rodas

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

RETRATOS DE DIOS

Un caso de Baumann y Ayoví, detectives

Santiago Páez

Estudio de la obra: Juan Pablo Castro Rodas

loqueleto



Para Christoph, el Baumann de carne y hueso.



*Pertenece a los niños la belleza,
como retratos de Dios tal vez,
su naturaleza son la paz y el silencio,
entregada a la alabanza de los ángeles.*

HÖLDERLIN, *Poemas de la locura*, (1811).

Índice



Prólogo	13
Capítulo I	17
Capítulo II	25
Capítulo III	41
Capítulo IV	59
Capítulo V	69
Capítulo VI	83
Capítulo VII	99
Capítulo VIII	113
Capítulo IX	127
Capítulo X	139
Epílogo	147
Estudio de la obra	149
Cuaderno de análisis	161

Prólogo



Faltan todavía dos horas y media para el amanecer y el mar, calmo, refleja el cielo azul oscuro tornándose también de ese color profundo y frío. Es un mar hostil, a pesar de su tranquilidad, o así lo ven los niños y los chicos muy jóvenes que, de pie sobre la arena de la playa, contemplan la pequeña ensenada desierta; a sus espaldas se levanta una vegetación espesa de laureles, cedros, achiotes y guarumos, árboles de los que cuelgan lianas enredadas, helechos o flores parásitas de todos los colores.

Son muchachos y muchachas que, quizá, nunca han visto el océano en otro lugar que no sea la televisión. Son hijos de campesinos de la Sierra, acostumbrados al horizonte quebrado y agreste de los Andes, que ante el mar casi sienten vértigo, como si estuvieran al borde de un precipicio. Han viajado toda la noche, desde sus ranchos, en furgones que los han escondido de los policías, y saben que van muy lejos.

Un par de hombres, hoscos, vigilan a los niños que se arraciman, buscando en la mutua cercanía un abrigo que en realidad no necesitan: hace calor. Los vigilantes están armados con escopetas recortadas de fabricación artesanal,

armas toscas que el óxido ensucia. Ambos otean nerviosos el horizonte y uno de ellos, tras escupir en la arena, gruñe:

—No llegan, amanece y no llegan.

—El Padrino se va a poner furioso —murmura el otro, y sentencia—: Nos jodimos.

—Y los policías, que están como moscas este último tiempo...

—¡Hijos de puta!

—Ya habrá hecho el negocio el jefe, les habrá aceitado las manos.

—Cierto. El Padrino sabe.

—Sabe el muy...

El ruido de un auto que se aproxima, y que retumba entre los farallones de la ensenada, alerta a los vigilantes que gritan a los niños ordenándoles que se acuesten sobre la arena.

Un gran automóvil todo terreno blanco llega hasta la línea de la playa, se abre una de sus puertas traseras y sale un hombre grueso, no muy alto y bien vestido.

Uno de los vigilantes, mientras intenta no resbalar en la arena, corre hacia el recién llegado y, cuando está junto a él le informa, acezando y asustado:

—Los chicos ya llegaron, los dos camiones, Doctor.

—No veo las lanchas.

—Aún no vienen, patrón.

—Llegarán —dice el jefe, mientras saca un *walkie-talkie*, lo manipula y grita al micrófono—: Estamos en la salida. ¿Por qué carajo no llegan?

Brota del aparato una voz deformada por la estática que dice:

—Llegamos, Padrino. No se preocupe. Ya llegamos.

—¿Han visto algún guardacostas?

—Todo tranquilo, jefe.

—Apúrense, pendejos, a mí no me hacen esperar.

El vigilante, que no ha dejado de mirar a su jefe con temor, pregunta:

—¿Me necesita para algo más, patrón?

—Regresa donde los chicos. Diles que el viaje sigue sin problemas.

—Le habrán visto, jefe.

—Mejor. Saben que yo no les miento.

El hombre, sosteniendo bajo el brazo su escopeta, corre hacia los niños que se han acurrucado sobre la arena, temerosos, y les grita:

—Todo está bien. El Padrino dice que las canoas que los llevarán al barco ya llegan.

Pronto se escucha, sobre la superficie lisa del mar, el rugido de unos motores fuera de borda y las proas afiladas de dos lanchas aparecen cortando el horizonte. Los niños se aprietan más, unos contra otros, y murmuran, aliviados.

En minutos, las dos quillas de las lanchas se apoyan en la arena, mientras sus tripulantes, con unos largos remos, maniobran para evitar que las olas leves separen sus embarcaciones de la playa.

—¡Arriba —ordena gritando uno de los vigilantes—, que se nos va la marea!

Y los niños, chapoteando en el agua fría, corren hacia las lanchas y suben a ellas, torpes, asustados.

Capítulo I



—¡Muerte a la basura! —grita Giovanni, con la vista fija en la pared manchada, los músculos del rostro tensos y las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo—. ¡Raza y orden! ¡Raza y orden!

17

Calla. Hay momentos en que se exalta y grita durante sus entrenamientos, pero son pocos. Se controla. Sabe que cada uno de sus movimientos, cada uno de los esfuerzos que hace, cada uno de los gestos que cumple son parte del ritual. En su mente, los ejercicios se confunden con esas posturas que adoptara cuando, en la niñez cercana, los hermanos legos lo obligaban a arrodillarse durante el rezo de los misterios del vía crucis. De pie. De rodillas. De pie. De rodillas. De pie. Una y otra vez mientras se repetían las fórmulas sagradas, mientras la luz amarillenta de los cirios manchaba los rostros pálidos y dulces, inmensamente dulces de los santos y de la virgen en la humilde capilla de su escuela. De pie. De rodillas. De pie. De rodillas. De pie. Y Cristo, al fondo del altar, crucificado y sangriento, atormentado por sus enemigos. Los enemigos de Jesús, sus propios enemigos. Los enemigos de Jesús son los enemigos de Giovanni, que levanta las man-

cuernas de veinticinco libras en repeticiones furiosas que le llenan de sangre los músculos.

No debe gritar. Su Padrino le ha ordenado que guarde silencio. Y a su Padrino hay que obedecerle siempre. Él le ha mandado a usar el sótano, donde le permite vivir sin hacerse notar por los vecinos. Deben ignorarlo los demás ocupantes del viejo edificio que alberga, en la planta baja, un salón donde se juega al bingo, y en los cuatro pisos restantes, tres oficinas de abogados miserables, el consultorio de un mago hierbatero y un salón de belleza que opera, también, como lugar de venta de drogas y prostíbulo.

El piso del sótano tiene las baldosas rotas, la humedad mancha sus paredes con hongos grises y desconcha la pintura. Del cielo raso, junto a la bombilla eléctrica, cuelgan unas cuantas telas de araña que se mueven en el aire. A Giovanni no le importan la suciedad ni el olor a moho ni el polvo. Tiene sus pesas, su *punching bag*, sus armas, colgadas de los muros: dos bayonetas, un par de *nunchakus*, un bastón plegable de acero y una pistola Beretta M34 de 9mm., guardada en un viejo estuche de cuero. Tiene además, sobre su catre, que ocupa un rincón, una enseña roja con varios signos bordados con hilo negro; en las otras paredes, entre las armas, cuelgan banderas, fotografías antiguas y escudos que le recuerdan su destino de lucha, de sacrificio y victoria. Junto al lecho, sobre una mesa de noche, brilla una pequeña afeitadora eléctrica. No necesita más. No quiere más. Es un soldado y vive con la austeridad que acostumbra los soldados. En las sombras, mientras entrena su cuerpo de músculos enormes, se alista para cumplir su destino de guerrero, apenas llegue la noche.

Para no gritar, Giovanni, sin interrumpir sus ejercicios, recita de memoria, como un niño que da su lección:

—La raza, en pocos siglos, logra crear civilizaciones y dominar a otros pueblos. La raza, en pocos siglos, logra crear civilizaciones y dominar a otros pueblos. La raza, en pocos siglos, logra crear civilizaciones y dominar a otros pueblos. Pero los conquistadores pecan contra el principio de la conservación de la pureza de la sangre y empiezan a mezclarse, a mezclarse, a mezclarse...

Atardece y, para Giovanni, el soldado, el ritual continúa: deja las pesas bajo su catre, se sienta en él y, tras tomar su afeitadora de la mesa de noche, se la pasa una y otra vez por el cuero cabelludo, mientras mira las manchas de moho de las paredes. Luego entra al baño, separado del cuarto más grande del sótano por un panel de madera; se desnuda y se ducha bajo un tubo del que brota un chorro de agua fría. Tiene el cuerpo pesado, grande y duro, y la piel oscura cubierta de tatuajes.

Una vez que se termina de asear, sale del cuarto de baño y se viste con un uniforme negro, de los que usan los guardias privados, y toma la pistola. Rastrilla el arma, se la oculta entre las ropas y sale de su vivienda por una escalera estrecha que lo lleva al garaje del edificio.

En el estacionamiento, abre la puerta de una vieja camioneta Ford negra de cajón descubierto, la aborda y conduce hacia la calle, en la que acaba de anochecer. Las luces de los autos iluminan el rostro de Giovanni que, furioso e implacable, hurga con su mirada en la oscuridad buscando a sus enemigos, que son los enemigos de su raza, que son los enemigos de Jesús.

La noche, en el centro de Quito, es hostil y fría. Los faros de los autos levantan destellos rápidos de las cochas que ha dejado la lluvia de la tarde, y las luces de escaparates y marquesinas cortan el pavimento mojado con sus reflejos de colores. La ciudad, a esa hora, se llena de transeúntes: oficinistas que dejan sus trabajos para dirigirse a sus moradas grises; estudiantes jóvenes que se echan hacia las aceras ávidos de jolgorio y ruido; policías, uniformados o de paisano, que se preparan para otra noche de peligros, mendigos y prostitutas. Todos, víctimas y victimarios, usan las luces nocturnas para exponerse, cuando lo desean, y las sombras para desaparecer, cuando lo necesitan, en una oscuridad casi tangible.

Los depredadores también usan las sombras. En los vanos de los portones, tras los postes y en los resquicios más ciegos de las esquinas, se ocultan jóvenes que fuman pacientemente, esperando que alguien se deslice hacia sus navajas; arranchadores que miran, ávidos, los bolsos de las mujeres, mientras sienten la rugosidad del suelo debajo de las suelas de goma de sus zapatos; y mujeres que, fingiéndose ramerías, aguardan a algún borracho al que puedan desplumar. Si existe un refugio, en las noches de Quito es precario: no hay un rincón, en esas penumbras, en el que alguien pueda sentirse completamente a salvo.

Entre los habitantes de las sombras, por las calles estrechas de la parte más antigua de la ciudad y bajo los aleros centenarios de las casas, Mireya y Juancho cumplen su trayecto de todas las noches: a momentos se dejan ver, para ofrecer flores a los transeúntes y, cuando se sienten en riesgo, se deslizan hacia las tinieblas. La muchacha tie-

ne casi trece años, es delgada y viste unos *jeans* cubiertos de parches y un saco tejido de lana que le queda grande; el niño, bastante menor que su compañera, es pequeño y macizo, se cubre el cuerpo con un poncho raído y la cabeza con un sombrero de fieltro sucio y deformado por las lluvias. La chica, que mira a su alrededor alerta, sería bonita si la desconfianza no le endureciera el rostro. El niño, sin estar menos atento, sonríe casi todo el tiempo.

—La noche está floja, Juancho —dice Mireya, y resopla—: Mejor nos vamos a dormir.

—No —se resiste el niño—, no hemos comido hoy día, tenemos que vender algo. Vamos al parque, allí paran los enamorados, a ellos se les vende siempre las flores.

—Paran los enamorados y el del carro negro —refunfuña la muchacha.

Juancho ríe, como siempre, y asegura:

—¡Esos son cuentos de marihuaneros! El del carro negro es puro invento.

—Las putas dicen que lo han visto —lo contradice su compañera—, que el loco ese les ha disparado. Quizás haya matado a alguien.

—¡Ellas hacen alharaca por cualquier pendejada! Yo tengo hambre. Con que vendamos un ramo tenemos para el café.

Juancho se separa de Mireya caminando deprisa; tras él, las puntas de su poncho se agitan en el aire. Ella levanta los hombros, resignada, y lo sigue, mientras acepta:

—Bueno, bueno. Yo tampoco he comido. Vamos, pero si vemos algo raro, ¡corremos, Juancho!

—¡Bueno, mamá Mireya! —se burla el niño.

—¡Mamá! —gruñe la muchacha—. ¡Ojalá tuviéramos mamá, pendejo!

Los dos niños se pierden entre la gente de esas calles antiguas, que se hunden en las tinieblas. Para acortar su camino, cruzan una calzada esquivando los autos, se internan por un callejón estrecho, pavimentado con adoquines gastados, y atraviesan un lote baldío, lleno de matorrales ásperos y desperdicios. Al final de su recorrido, llegan a un parque cuyos contornos se pierden en una neblina que, como es frecuente en Quito, ha aparecido de pronto. Allí se detienen. Sienten frío y algo de sueño. Bostezan y se frotan los brazos, mientras pasan los minutos.

Mireya reniega:

—¡Enamorados! ¡Enamorados, dijiste! No ha pasado ni un carro desde hace media hora.

—Será por este frío —le responde Juancho—. Por eso no vienen.

—Ni van a venir. Está tan fea la noche que ni las putas han salido.

Giovanny ha visto a los dos niños que, ateridos, se juntan bajo la luz de un farol. La niebla los cerca; en un minuto o dos, todo el lugar estará cegado por la bruma. El hombre sabe que debe actuar pronto, o los niños se perderán en esa atmósfera gris y gaseosa que brota del parque y cubre la acera y la calzada.

Juancho, que ha visto las luces de los faros del vehículo que se le acerca, se aproxima hacia el borde de la acera, mientras se alegra:

—¡Te dije que por lo menos caía uno! Si caen dos más, hasta tenemos para el pan con queso. ¡Pan con queso!

Giovanny, hundido en la oscuridad de la cabina, acerca la camioneta lentamente al niño. Sabe que es su enemigo, que ese ser diminuto y sucio que encandila con la luz de sus faros es el enemigo que ha salido a buscar. Por un momento, el soldado piensa en atropellar a la pequeña figura que se le aproxima, pero no es eso lo que debe hacer, no debe haber un accidente con un muerto. Debe haber disparos, muchos disparos.

La niebla ha caído sobre la esquina que ocupan los dos niños, enclaustrándolos entre sus contornos difusos. Mireya siente que están muy solos, terriblemente solos, cuando se percata del color del vehículo que ha salido de las sombras: es negro, como el de las historias que le han contado las prostitutas.

La ventana del conductor se baja despacio y la muchacha puede ver, en la pobre luz del farol, una cabeza rapada, las cuencas negras de unos ojos que se ocultan en la oscuridad y el brillo de un objeto de metal que sostiene el conductor de la vieja Ford.

—¡Cuidado! —grita Mireya—. ¡Es el loco!

El fogonazo rojizo del disparo ilumina, por un instante, la niebla, como llagándola. El proyectil silba lejos del cuerpo del niño que, asustado, se inmoviliza, con las flores aún extendidas hacia el asesino. Entonces la muchacha tira todos sus ramos contra la cara de Giovanny, quien pierde el control de la camioneta, se sube a la acera y termina por chocar contra el farol. El joven guerrero, iracundo, trata de salir de su vehículo, sin lograrlo: la puerta se ha atascado.

—¡Maldita perra! —grita furioso, mientras dispara al aire tres veces más—. ¡Asquerosos!

Mireya agarra a Juancho de la mano y ambos corren huyendo de la camioneta negra, se pierden por el interior del parque, amparados entre buganvillas, palmas y setos de ciprés que perfuman la noche y la neblina. Desde el interior de la vieja Ford, Giovanni hace dos disparos más, y esta vez las balas sacan chispas del pavimento de adoquín. Se escucha, entonces, una sirena policial y el asesino arranca su vehículo, da retro quemando los neumáticos, se baja de la banqueta y se pierde por el laberinto brumoso de calles estrechas del antiguo centro de la ciudad de Quito.

Capítulo II



Amanece. No en la pensión La Delicia que ocupa una de las casas centenarias del centro de la ciudad. Entre sus paredes viejas no es la luz la que impone el comienzo del día, que apenas hace presencia aclarando un poco la penumbra sucia que inunda todo el edificio: pasillos, escaleras desvenecijadas, cuartos cochambrosos y un zaguán oscuro. Entre esas sombras una mujer anciana y muy maquillada, casi oculta atrás de un mostrador, mira absorta las telarañas que cuelgan del cielo raso y se agitan en el aire.

Una sombra se desgaja de la oscuridad del pasillo que desemboca en el portal, el cuerpo delgado y poco vestido de una muchacha que, frotándose los ojos, trata de alcanzar la calle confiando en que la vieja esté dormida. Pero la mujer, que no descansa nunca, la llama con voz destemplada:

—Adelita, ratera de mierda, no te vas sin darme mi parte.

La muchacha, frotándose los brazos ateridos, se acerca remolona al mostrador y protesta:

—Si antes de entrar al cuarto le di la comisión del trabajo de la noche.

—Esa sí, Adelita.

—Entonces, ¿qué me pide?